
FRANCIA: LA DIFÍCIL COHABITACION

Michel Mathieu: Entrevista con René Remond y Alain Touraine



Presidencia de izquierda y gobierno de derecha se paralizan mutuamente: después de un año de experiencia salen a la luz los límites de la cohabitación. Y tampoco, mientras aumentan las tensiones sociales, se ve ninguna salida. La crisis política se ve agravada por la crisis cultural: como dice Touraine, el dato más preocupante es «el silencio de las ideas».

Vuelvo a encontrar París tal como lo dejé hace algunos meses, con ese toque de melancolía que es el último *look* de las grandes metrópolis occidentales inmersas en la crisis. En vano podrían buscarse, en el barrio latino, rastros de las violentas manifestaciones que han puesto al gobierno Chirac contra la pared y obligado a di-

mitir a un ministro. «Paris ville propre», París ciudad limpia, advierte la propaganda del ayuntamiento. Las lluvias y las multitudes de pasos anónimos han borrado las huellas negras de las llantas carbonizadas en las improvisadas barricadas.

Pero algunas señales permanecen. No

en el asfalto o en los muros oportunamente lavados, sino en la atmósfera de alegría un poco forzada en la que los fieles de Chirac se preparan para el primer aniversario del gobierno. Una fiestecita que olerá a funeral. Donde quiera que va, a Chirac le precede siempre el espectro del fracaso. Ni siquiera un milagro podría devolverlo a su posición frente a Barre. Sin hablar de Mitterrand, todavía en alza en los sondeos de opinión. Con el peso que debía soportar como jefe del gobierno de la cohabitación, Chirac era consciente de correr un riesgo pero no pensaba que la situación social pudiera explotarle entre las manos tan pronto. Todo esto le ha cogido por sorpresa, y en vez de jugar la carta de la moderación y del diálogo se ha abandonado al canto de las sirenas del extremismo.

Lo que comenzó como un banal conflicto ha degenerado en una confrontación de una violencia capaz de provocar un muerto y consecuencias económicas graves que han hecho mella en la moneda francesa. Sería poco decir que Chirac no estaba hecho para la cohabitación con el presidente, aunque ésta se limitase a dos años: una duración demasiado breve para permitir cosechar los frutos de una nueva política. Quizá un Chaban-Delmas, un Raymond Barre, hubieran logrado tapar las grietas y situarse bien para la fecha de las presidenciales siguiendo una política de compromiso. Chirac se ha precipitado, fiel a su naturaleza, que hacía decir de él a un periodista: «No camina, devora el camino, y tras él el cortejo le sigue sin aliento. Siempre está apresurado y no concibe la existencia sino de modo desenfrenado. Se lanza a la batalla cuerpo a cuerpo». Ante el temor de ver cómo se le acaba el tiempo, Chirac ha forzado su propia naturaleza poniendo en marcha reformas, por otra parte mal preparadas, que siete años enteros en la presidencia habrían tenido dificultad en hacérselas tragar a un país como Francia, conservadora por esencia.

Chirac era consciente de correr un riesgo pero no pensaba que la situación social pudiera explotarle entre las manos tan pronto.

Y, sobre todo, el primer ministro no ha sentido el deseo profundo de paz social a que los franceses aspiraban y que la cohabitación simboliza. Con razón o sin ella, su gobierno se ha empantanado en una imagen vengativa, que con el afán de golpear a los socialistas en realidad ha golpeado a las clases medias que ya han sufrido bastante con la crisis. Si bien es cierto que el romanticismo revolucionario de la izquierda se apagó con los últimos fuegos del 68, en la derecha el peso de una ideología más que superada está aún fuertemente vinculado al discurso y a la práctica política. Frente a los franceses atónitos se ha visto al gobierno reasumir los artificios más insólitos para responder a la legítima preocupación del país. Dos perspectivas que ilustran bastante bien el «mal francés», descrito en nuestras entrevistas a Alain Touraine y René Rémond, que divide a la clase política del país real; cada una de las partes, en el fondo, tiende a conservar sus propias ventajas adquiridas. Para la infraestructura del Estado y para los partidos se presenta complicada la llegada de las presidenciales del 88.

El ciudadano común también espera con expectación las presidenciales. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Quién faltaría a la cita con el *clou* del espectáculo político que tiene la atención de invitarnos puntualmente para designar al soberano?

Pero, sobre todo, se observan las cifras de desocupación en continuo aumento, y por plazos cada vez más largos. Durante el último año se vio crecer en un 5 % las colas en las oficinas de colocación, elevándose a más de 2.500.000 la cifra oficial de personas en busca de trabajo. Los discursos liberales sobre futuros optimistas chocan también contra la dura realidad de la sensible reducción del poder adquisitivo de las clases medias, bajo el fuego cruzado del bloque de los sueldos y de la liberalización de los precios, mientras que las clases más altas se enriquecen.

Como si no bastase, incapaz de innovar, la derecha, siguiendo las huellas de los modelos británicos y norteamericanos —en el mismo momento en que aquellos se revelan incapaces, en sus diferentes situaciones nacionales, para dar una respuesta eficaz a la crisis—, se ha lanzado a una política de facilidades acumulativas para los ciudadanos con mayores garantías. Nos encontramos ante un cambio de objetivo social, un ulterior falseamiento (por lo demás ocurrido no sólo en Francia) del significado original del *Welfare State System*, tendiente al mejoramiento global de la calidad de vida para la realización de los derechos cotidianos de todos los sujetos, y no sólo de los más débiles.

Este ulterior y paradójico deslizamiento de la política social hacia escribir a un periodista de *Le Monde*: «El catálogo de las medidas contenidas en el presupuesto

y en la ley financiera para 1987 forma una especie de fondo nacional de solidaridad fiscal que favorece a los más privilegiados». Según el gobierno, esta política per-

mitiría «liberar las energías»: o sea, dejar a los empresarios la disponibilidad de sus utilidades, a fin de permitir a las empresas reconstituir las agencias que formarán, a continuación, la base de un aumento del índice de ocupación. Por la parte sindical se replica que desde hace tres años las ganancias y la capacidad de autofinanciación de las empresas aumentan sin que por ello disminuya la desocupación.

Algunos observadores, y no sólo de izquierda, empiezan a dudar abiertamente de la validez del modelo reaganiano, observando que el optimismo con que se señalan las oscilaciones del Dow Jones o de la bolsa de París merecían mayor reserva. De hecho, según la ortodoxia liberal es totalmente anormal que la salud de la bolsa no se refleje en la economía. Las exhortaciones a la prudencia del mismo Galbraith sobre las perspectivas milagrosas del fenómeno bolsa han sido letra muerta para el

gobierno francés, que ha hecho la apuesta de relanzar la producción a través de mecanismos puramente económicos. La ideología de la privatización y de las inversiones masivas en la bolsa —necesarias para hacer tragar la píldora de la venta de bienes públicos rediticios— se ha convertido en un himno nacional con todas las características de una fuga hacia delante.

Para hacer atractivos los títulos de las empresas privatizadas el gobierno ha bajado sistemáticamente en un 15-20 % el valor de las acciones. La venta del 11 % del capital del ELF-Aquitaine se ha efectuado a 305 francos por acción, contra el valor de mercado estimado entre los 340 y los 350 francos. En vista de los buenos resultados de la primera operación que tuvo una buena acogida popular en términos de participación, el ministro de las finanzas y de la privatización ha seguido por el

La derecha se ha lanzado a una política de facilidades acumulativas para los ciudadanos con mayores garantías.

mismo camino, vendiendo los títulos de la St. Gobain a 310 francos, mientras que su valor era de 370 en el mercado «gris», y las acciones de Paribas han sido cedidas a

405 francos contra una cotización de 470-480. Los que han ganado con esto no son ciertamente los pequeños ahorrantes, ni los pequeños accionistas, símbolo de la «democracia bolsística» ensalzada por *Le Figaro*. Todo lo más, éstos se han repartido las migajas: de siete millones de pequeños ahorradores, más de cinco tienen una inversión que no supera los 50.000 francos, que representan sólo el 9 % del activo. En el lado opuesto, cien mil personas están en posesión de una cartera de acciones superior al millón de francos. Han sido éstos los principales beneficiarios de la prodigalidad del ministro de Finanzas.

Desde la perspectiva de los acontecimientos estrictamente políticos, en este primer año del gobierno Chirac ni siquiera ha faltado el acre sabor del escándalo. El «affaire Chalier», que estalló inmediatamente después del cambio de la mayoría —y que, en opinión del ministro Pasqua,

habría debido ser la mala conciencia de la izquierda—, con un efecto *boomerang* se ha convertido en una pesadilla para la derecha. El intento de Pasqua de desacreditar al gobierno Mitterrand, haciendo del ex jefe de gabinete del ministro de la Cooperación objeto de manipulación, se ha vuelto contra él, poniendo al descubierto sus trapos sucios. Basta recordar, por otra parte, que Pasqua disfruta de notorias amistades en el sector de las casas de juego que, vean qué coincidencia, facilitaron la fuga de Chalier a Brasil.

Pero las «tonterías» del ministro no han acabado aquí. En una desdichada secuencia de acontecimientos, se sucedieron el verano de fuego en el que policías «nerviosos» (¿o torpes? dispararon sobre ciudadanos indefensos; el caso del *charter* de emigrados negros reexpedidos a África, sin siquiera advertir al Ministerio de Asuntos Exteriores; por último, los incidentes con los estudiantes y con los ferroviarios en huelga. Semejante clima favoreció el resurgimiento del centrismo por parte de la mayoría silenciosa de los franceses.

Por su parte, ante las tensiones creadas por las disparidades de esta sociedad con «dos velocidades», el gobierno tuvo que decretar una «pausa social». Lo que ciertamente no significa poner en práctica una política de tapar grietas sociales.

Para tener alguna probabilidad de vencer en la carrera hacia el Eliseo, Chirac tendrá antes que nada que derrotar a Barre, que bloquea el centro, en el primer escrutinio. Para esto, el primer ministro deberá moverse aún más hacia la extrema derecha. Una posición decididamente incómoda para realizar una política de carácter social. En consecuencia, con el inicio de la precampaña electoral, el otoño marcará el fin de la cohabitación agrídulce para entrar en una fase de guerra abierta entre el Eliseo y Matignon.

Será también el momento de la verdad para la misma mayoría que está bien lejos de ser un grupo consolidado, sino que configura una cohabitación dentro de la cohabitación de equilibrio inestable. Giscard d'Estaing, que todavía no ha digerido la forma en que Chirac trató a sus hombres después del 16 de marzo pasado, ha dispuesto ya una bomba de relojería bajo los pies del primer ministro, que explotará a fines de año, con la solicitud de reducir, mediante referéndum, a cinco años la duración del mandato presidencial. Si la ley entrase en vigor antes de las elecciones, significaría reducir las ya débiles probabilidades de Chirac de llegar al Eliseo, volver a mandar a Barre a su despacho, y Mitterrand ya no tendría dudas acerca de las probabilidades de una tranquila reelección.

ENTREVISTA CON RENÉ RÉMOND

—*Lo restringido de la mayoría y su heterogeneidad han inducido, cada vez más a menudo, al gobierno a pasar por encima del Parlamento. El hecho más extraño, sin embargo, es que no sólo los diputados de la mayoría parecen adaptarse perfectamente a esta reducción de sus poderes, sino que además se ve a los presidentes de las dos Cámaras polemizar con el Consejo Constitucional, habiendo este último anulado un texto que el gobierno quería hacer pasar sin debate intentando disfrazarlo de enmienda a un texto ya aprobado. ¿No hay en todo esto algo de inesperado y desconcertante para un país que en otro tiempo tuvo un gusto desmedido por el debate parlamentario?*

—Es verdad, desde hace algún tiempo el poder ejecutivo sustituye al legislativo de modo cada vez más marcado, sin que

Para tener alguna probabilidad de vencer a Barre, Chirac deberá moverse aún más hacia la extrema derecha.

la mayoría pueda oponerse, porque pondría en dificultades al gobierno. La oposición, por su parte, protesta, pero no posee los medios para impedir al Parlamen-

to dirigirse hacia una especie de cancelación. Considero preocupante la experiencia de estos últimos meses, porque en el pasado el Parlamento nunca se vió reducido a estos niveles. La promulgación de decretos, el recurso a las votaciones por paquetes y al famoso artículo 49, así como la repetida utilización de procedimientos de emergencia, han apartado prácticamente al debate parlamentario de toda decisión política, sobre todo y precisamente cuando se trata de textos importantes. En la mayor parte de los casos se asiste a un debate general, después de lo cual la discusión se bloquea en el momento de pasar a la discusión de cada artículo por separado. Esto explica por qué el Consejo Constitucional tiene que intervenir tan frecuentemente, tanto que los periódicos han empezado a llamarlo «Tercera Cámara». Ahora bien, algunos empiezan a preocuparse por su creciente papel, sin darse cuenta del nexo existente. También es verdad que en cierta medida se ha convertido en el único legislador, pero para la Constitución funciona correctamente es necesario que cada uno desempeñe su propio papel, y el Consejo Constitucional desempeña el trabajo no realizado por la Asamblea Nacional.

—Sólo hasta cierto punto, sin embargo, pues sólo tiene el poder de juzgar en cuanto a la forma y no al contenido.

—Naturalmente. Y así asistimos a una deformación comparable a la que conoció Francia durante los últimos seis años de la Tercera República, cuando el gobierno recurría sistemáticamente a los decretos-ley, práctica que en aquella época se justificaba por una situación excepcional de grave crisis frente al extranjero. En el reciente caso citado por usted, creo que la intervención del Consejo Constitucional fue oportuno, evitando una peligrosa deriva, quedando establecido que de ahora en adelante el gobierno ya no podrá añadir a un texto de ley aprobado según el procedimiento normal un texto aún no examinado.

—¿Todo ello en una situación de tácito acuerdo entre las dos Cámaras?

—Creo que tiene usted razón cuando habla de un tácito asentimiento de las dos Cámaras a la reducción de sus poderes. Prueba de ello es el comportamiento del Senado que, hace algunas semanas, con tal de no discutir un texto para el que el gobierno pedía el voto de confianza, aprobó la cuestión preliminar, cosa que en el caso de que se trata representa una desviación de procedimiento, puesto que la cuestión preliminar, por el contrario, se vota cuando el proyecto no tiene objeto y, por lo tanto, no tiene ninguna razón de ser. En este caso, en cambio, el Senado votó la cuestión preliminar para negarse el derecho de debatirla. Es un caso de flagrante desviación de procedimiento, en el que la preocupación política prevalece sobre el respeto a las instituciones. Es discutible, por lo demás, que los presidentes de las Cámaras tengan la facultad de impugnar la autoridad de cosa juzgada por parte de una instancia superior a ellos y cuya decisión es inapelable. Debe observarse, sin embargo, que los parlamentarios no aceptan de buen grado la presencia de una autoridad superior a ellos. Casi prefieren plegarse ante el gobierno. Es una cultura que se remonta a la Revolución que, por motivos de comodidad, hacía de la mayoría parlamentaria la columna del poder; de hecho, la burguesía desconfiaba del recurso al sufragio universal.

Personalmente, considero que la institución del Consejo Constitucional representa un progreso para evitar sacudidas, así como la garantía de una cierta coherencia en el momento del paso de una Cámara a la otra. Debemos estar reconocidos a Giscard d'Estaing por haber tomado, en 1974, la decisión de conceder la posibilidad de recurso a 60 diputados o senadores, lo cual permite a la oposición atacar al Consejo Constitucional. A mi juicio, mientras no tuvimos esta institución, el nuestro no era completamente un Estado de derecho. Raymond Barre tenía razón al afirmar: «No comprometamos esta experiencia; debe aceptarse que por encima de la ley esté la ley constitucional, y

debe también haber alguien encargado de interpretarla. La Asamblea no puede desempeñar este papel de modo correcto, pues sería simultáneamente juez y parte».

—*Con el recurso más frecuente al Consejo Constitucional, la cohabitación ha permitido actualizar mecanismos de seguridad que hasta hoy eran bastante modestos. La práctica de esta forma ha permitido, por otra parte, descubrir que los poderes reales del presidente de la República son mucho más amplios de lo que se creía antes de marzo del 81.*

—Los poderes del presidente de la República son obviamente inferiores con respecto a lo que eran antes de la cohabitación, pero son efectivamente muy superiores a lo que se creía. Es la gran diferencia entre esta Constitución y la precedente: en ningún caso el presidente de la República será reconducido al papel subalterno e inconsistente de sus predecesores. En la actual Constitución, hay una parte irreductible dentro de los poderes del jefe del Estado, que anula la idea simplista según la cual en ciertos casos casi la única solución para el presidente de la República eran las dimisiones. Se observa que el primer ministro está obligado a ir de acuerdo con el Elíseo, y, en caso de problema grave, el presidente puede intervenir directamente, en una posición de primer plano, con funciones de recurso.

—*No obstante, se crea con ello una situación de equilibrio que podría conducir a una especie de inmovilismo, o por lo menos a acentuar la lentitud de las decisiones.*

—¡Ahí está la cuestión! Este es el lado negativo de la cohabitación tal como aparece en su forma actual. Es lícito considerar, por ejemplo, que en el plano de la política exterior la autoridad de Francia hoy se ha debilitado y que en los foros internacionales su peso ha quedado reducido.

—*¿No cree que la cohabitación, dígame lo que se diga, marca una ruptura en la*

cultura del bipolarismo político y que se orienta ya en forma duradera hacia una política necesariamente más centrista?

—Creo que es necesario hacer una distinción, aunque sea burda, entre el país y la clase política, que no razonan en absoluto del mismo modo. Las poblaciones de este país son escasamente doctrinales, cuando votan por una cierta mayoría no lo hacen adhiriéndose a la totalidad de su programa, no obligando, por lo tanto, de ningún modo, a tal mayoría a llevar a término todos sus compromisos electorales en tiempos récord. Esto valía, en 1981, para las ciento ocho propuestas socialistas, como, en 1986, para la plataforma UDF-RPR. Ahora bien, los políticos están convencidos de lo contrario y opinan que para ellos es una cuestión de honor mantener sus compromisos y cumplir sus promesas en el tiempo más breve posible. Es una carrera de obstáculos en la que normalmente tropiezan. Cada tanto, el país les hace comprender que del equipo en el poder se esperaba algo totalmente distinto. Para los socialistas, el fenómeno empezó a manifestarse desde las primeras elecciones parciales, cuando una parte del electorado dio marcha atrás. En el caso de la derecha, el fenómeno ha sido menos claro con ocasión de las «parciales», pero la desaprobación se ha manifestado igualmente con la aparición de un vasto movimiento de contestación, así como a través de los sondeos de opinión, que indican un descenso de popularidad del gobierno. Por otra parte, este fenómeno centrífugo fue muy bien comprendido por los intelectuales de la derecha en 1982-83; Alain Peyrefitte, por ejemplo, habló de malentendido. Resulta cuando menos extraño, pues, que hoy esas mismas personas pidan a Chirac que lleve a término la totalidad de su programa.

—*Parece que nos hallamos en presencia de dos fenómenos que apuntan en direcciones opuestas. De un lado, una población que se reagrupa progresivamente en torno al centro; del otro, aparatos políticos que, una vez que han llegado al poder, sufren una creciente influencia por parte de sus extremos.*

—Ciertamente. Dentro de los partidos hay minorías doctrinarias que esta vez intentan realizar un cambio total, empujando de este modo a los gobiernos a callejones sin salida donde sólo podrán recibir un creciente descontento. Es la inevitable consecuencia de una política que por lo demás no hace mucho caso de la democracia. De hecho, no debemos olvidar que quien dice representar a la mayoría de los franceses y actuar en su nombre representa sólo el 44 % del electorado, aunque esto permite obtener la mayoría de los escaños en el Parlamento. Sólo el presidente elegido por sufragio universal responde a la voluntad expresada por la mayoría de los franceses. Esto, sin embargo, no debe constituir un pretexto para gobernar contra los otros, numéricamente inferiores, pero por poca diferencia, mientras que el conjunto del país auspicia una política equilibrada, conforme a su cultura. Por otra parte, en este tema la cohabitación es muy reveladora: la gente está satisfecha al ver trabajar juntas a personas distintas, pero no hasta el punto de no entenderse. A través de un sondeo muy significativo, realizado por iniciativa del CNRS y del Instituto de Ciencias Políticas, sobre la siguiente pregunta: «¿Por qué partido no votaría?», se observaba que una aplastante mayoría excluía los extremos: el PCF y el Frente Nacional de Le Pen, pero la mayor parte de los electores moderados no excluía el voto a los socialistas, y viceversa. Desde hace algún tiempo nos hallamos frente a una voluntad de acercamiento de los centros, de difícil realización a causa de la lógica interna de los aparatos y de las modalidades de escrutinio. No obstante, es verosímil que si François Mitterrand tuviera que volver a presentarse a las elecciones presidenciales tendría en cuenta este hecho. Se guardará de disolver las Cámaras y probablemente buscará firmar alianzas con los centristas. La elección del primer ministro será, obviamente, muy importante. Por otro lado, si fuese elegido Raymond Barre nada impediría a este último elegir, como primer ministro, a un socialista, como, por ejemplo, Jacques Delors. Para los socialistas esta combinación sería menos gravosa compa-

rada con la alianza con los comunistas de 1981, y, en el caso de Barre como presidente, una alianza con los socialistas sería menos peligrosa que una alianza con el RPR, que trataría de fagocitarlo. Resta el hecho de que a veces las estructuras porcentuales impiden lo que sería pronosticable.

ENTREVISTA CON ALAIN TOURAINE

—*En cada viaje lo que me impresiona más no es la fractura longitudinal derecha-izquierda, poco perceptible en la calle y, como demuestra el éxito popular de la cohabitación, ciertamente más lábil de cuanto fuese posible imaginar antes de marzo del 81. Lo que impresiona es la fractura transversal de Francia, cada vez más clara, entre el escaparate y la trastienda. Cuando se llega al aeropuerto casi siempre se ve en la pista esa asombrosa realización tecnológica que es el Concorde. Desde el aeropuerto se llega en un momento al centro de París con el RER (Réseau Régional Express), y cuando se busca una información, incluso técnica, basta con marcar un número telefónico para tener la respuesta en la pantalla de un ordenador junto al teléfono. Sin embargo, nada de esto elimina la sensación de un país en decadencia, que se mantiene en el filo de la navaja. ¿Hay una respuesta sociológica a este estado de cosas?*

—Ante todo creo conveniente acentuar la profundidad de la crisis. Tras quince años de crisis, digamos desde el final de la paridad del dólar, en 1971, solamente ahora nos damos cuenta de que este país reacciona de un modo cada vez peor.

Al principio hicimos como si no nos diésemos cuenta de nada. El primer gobierno Chirac, con el ministro Fourcade en Finanzas, seguía gastando y prometiendo. La inflación daba un salto hacia adelante sin que aparentemente nadie se preocupase, mientras que nuestros vecinos alemanes, más razonablemente, ce-

rraban filas, y el canciller Schmidt estipulaba acuerdos con los sindicatos para contener los precios y mantener el equilibrio del comercio exterior, con resultados más que satisfactorios. Llega luego Raymond Barre, que hace un discurso serio, pero nadie quiere escucharle. Por último, los franceses enloquecen de alegría en marzo del 81. Aplauden en mayo al primer gobierno Mauroy, que se empantana diez meses después, y el país entero se despierta con dolor de cabeza. En marzo del 83 vemos a Mitterrand, una especie de Hamlet que durante ocho días titubea entre cerrar las fronteras o salirse del SME. (Paso por alto el pequeño liberalismo irresponsable de Fabius). Luego viene Chirac, que a su vez se empantana magistralmente, de modo totalmente inesperado, todo esto en un lapso de tiempo de pocos meses.

Tenemos, pues, un país que desde hace quince años rechaza el obstáculo. No es el Estado lo que se cuestiona: son las reglas, las instituciones, los automatismos que debemos reexaminar, pero desgraciadamente estoy convencido de que no existen las condiciones para iniciar el debate sobre las posibles opciones de sociedad para Francia.

El otro punto esencial es que nuestro sistema muere por el centralismo deseado y reforzado desde arriba y desde abajo. Francia ha llegado al umbral del año dos mil con un sistema que no funciona, y esto por motivos técnicos. El sistema francés es, sobre todo, extremadamente elitista, con un Estado tecnocrático de buena calidad en el que sobresalen solamente algunos centenares de personas que tienen en sus manos las riendas del país. Un pequeño *establishment*, capaz de un alto grado de comunicación entre funcionarios, personal político y grandes empresarios. Pero el problema es que pocas personas están involucradas en la gestión del poder.

Cuando se trata de tomar una decisión para construir el TGV (tren de gran velocidad) o el Minitel, los franceses son fantásticos, ¡nadie los supera! Ni los alema-

nes, ni los americanos, son capaces de tomar decisiones sobre los grandes programas económicos como lo hace Francia. Pero detrás de estos cinco o diez proyectos que forman una admirable fachada se descubre que el resto avanza con dificultad o está a punto de hundirse. Todo eso es el fruto de un sistema hipercentralizador y racionalizador, que funciona perfectamente cuando se trata de concebir y de realizar un plan y que tropieza lastimosamente cuando debe funcionar en situación de flexibilidad; sucede lo contrario que en Italia.

—*Primero fueron los estudiantes los que asestaron un duro golpe al gobierno, luego los ferroviarios, que se lanzaron de modo aún más incisivo que en el 68. Ahora son los maestros los que salen a la calle. En los tres casos de duro enfrentamiento con el gobierno, es la defensa del rol —y en el caso de los estudiantes, del rol potencial— lo que agrupa y moviliza a ciertas categorías de franceses, mientras que la reducción del poder adquisitivo, o más generalmente, de los sueldos parece ser bastante bien aceptada. ¿Hay, según usted, un cambio en la cultura del trabajo?*

—En Francia la gran cuestión es la Universidad, y en este sentido las cosas están cambiando para bien y para mal. En el curso de una investigación interrogamos a algunos jóvenes. Ninguno nos dijo que quisiera ser obrero. Todos los franceses han sido suspendidos en el ENA (Escuela Nacional de Administración) o en el Polytechnique. Hace veinte, treinta años, en Francia dominaba todavía una visión bipolar o incluso hasta tripolar, debida a un mundo campesino aún relativamente presente junto a la clase obrera y a la burguesía. Hoy esto ya no es así. La gran cuestión es el ingreso y la estabilidad en la clase media. Para la gran burguesía no hay problemas; manda a sus hijos a las grandes escuelas, de donde salen cuadros, altos funcionarios, etc. Pero en toda esta *middle-class* francesa, ¿dónde se encuentran los pequeños burgueses, los empleados, los obreros, y cuáles son sus objeti-

vos? Han comprado una casa popular, tienen automóvil, van de vacaciones, pero, sobre todo, han mandado a sus hijos a la Universidad. En las facultades de derecho, de ciencias y de letras, representan dos tercios de los estudiantes. Se trata de la búsqueda de un rol en el sentido de la seguridad. Hablaba hace poco de esto con Sylos Labini, que me decía una cosa acertadísima: «Cuando se habla de la desocupación dejamos a un lado las clasificaciones del sector, las diferencias entre petroquímica e industria pesada, y hacemos un estudio vertical. Advertimos entonces que no se forman bastantes trabajadores ni en nivel bajo ni en nivel alto y que todo se acumula en el medio».

Por otra parte, todos los sondeos efectuados desde marzo del 81 en adelante demuestran que la partida política que se está jugando actualmente no tiene nada que ver con la alternancia derecha-izquierda. Lo que preocupa a los franceses es la búsqueda de una seguridad con respecto a los ladrones, e inmediatamente después la seguridad del puesto de trabajo, junto con un apego a ciertos valores, como el respeto a las minorías, etc. Todas estas son virtudes de la clase media.

—*Pero a veces con resbalones extremistas.*

—Sí, pero esta tendencia va disminuyendo. Mire, el Partido Comunista Francés... El mismo Frente Nacional se está desinflando. Solamente doscientas personas, hace pocos días, en los «Champs Elysees», para responder lo que debía ser una gran convocatoria. Esto vuelve a situar a los secuaces de Le Pen en su justo nivel.

—*A propósito de una investigación en la que tuve ocasión de participar, descubrimos que en Italia, junto a los modelos tradicionales procedentes de la burguesía o de una cultura rural preindustrial, se estaba desarrollando un tipo nuevo de sujetos caracterizados por la movilidad en los comportamientos y modos de vida: movilidad en el trabajo, pero también movili-*

dad en la vida privada, con respecto a la familia, de la cual salen y entran a menudo muchas veces. Digamos que nos enfrentamos a un tipo de sujetos «experimentalistas», podría decirse posmaterialistas. ¿Cree usted que en Francia se están difundiendo estos mismos modelos y comportamientos, y qué peso social efectivo pueden tener?

—Hace quince años la explicación sociológica elemental, justa en principio, pasaba a través del estudio de los comportamientos en el trabajo, que se ponían en relación con categorías sociales con lo que podía decirse: los obreros se comportan de este modo, los empleados de este otro, etcétera. Es interesante observar que hoy hemos abandonado totalmente este tipo de explicación de tipo objetivista, tendiendo más bien a identificar las categorías en términos de modelos generales de comportamiento, no definidos ya a partir de las estructuras sociales, sino sobre la base del cambio. Pero en Francia el movimiento está amainando. Por lo demás, es muy interesante señalar que algunas investigaciones han demostrado que el triunfo socialista de 1981 se afirmó sobre la base de quienes fueron llamados los centrados. Es decir, que en cuarenta años ha tenido lugar una enorme transformación de la sociedad, y que hoy, ante la crisis, existe la voluntad de conservar las posiciones conquistadas, de congelarlo todo. Las manifestaciones lo han demostrado, no hay una voluntad innovadora sino un deseo de dejar las cosas como están. Francia tiende profundamente hacia el centro. Se trata de un fenómeno sociológico difuso, y la gente mira con sospecha lo precario y a los innovadores. Para la mayoría, la prioridad absoluta es asegurarse una estabilidad para el futuro. Desde este punto de vista, la sociedad francesa de hoy está más próxima a la sociedad norteamericana en su modelo clásico que a la sociedad francesa de hace veinte o treinta años.

—*Entonces, ¿quizá se trata de un auténtico «reflujo» como el que en Italia llevó a grupos sociales enteros a reintegrarse en el silencio de las instituciones?*

—Los mismos italianos me lo dicen: «En Italia ¡estamos frescos si queremos apoyarnos en el Estado! Entre nosotros, el Estado nunca existió, y esto lo pagamos bastante caro en corrupción, en mafia, en terrorismo, etc.». Pero, al menos, el lado positivo es que los italianos no se quedan mirando: corren. Quizá de modo desordenado, ¡pero en Italia, probablemente, el clima es mucho mejor! No quiero decir con esto que en Francia la situación sea peor, sino sólo que aquí existe este contra-modelo por el cual, cuando las cosas van mal, todos procuramos volver a entrar en la gran familia: la Administración pública o el sector paraestatal.

—¿Cómo se explica este «particularismo» francés?

—Puede decirse que el modelo del Estado francés, en el fondo, es un modelo bastante noble. Incluso yo pertenezco a este modelo que no amo.

Tradicionalmente fue el Estado el que desarrolló al país y no la burguesía. Esto desde Napoleón en adelante, prácticamente sin interrupción. Más cercano a nosotros tenemos «le Plan», la planificación de la reconstrucción, el gaullismo, etc.

En segundo lugar, tenemos un Estado que fue identificado, digamos para simplificar, a partir de la Revolución francesa, con un recurso contra las injusticias del capitalismo, y que a pesar de todo es percibido como el fiador de la justicia social: el Frente Popular, la *Securité Sociale*, son imágenes fuertes que hablan en favor de esta concepción del Estado.

En tercer lugar, y quizá lo más importante —que hace a los franceses difíciles de entender para los extranjeros—, es que los franceses en contacto con el Estado no dejan de repetir que éste es burocrático, que los reduce al mínimo vital, pero el Estado en Francia demuestra ser el mejor protector de las libertades y de la vida privada. Toda la vida francesa se basa en el supuesto del universalismo del Estado. El ideal clásico de Francia no es su caracte-

rística católica: es el laicismo. Ciertamente no en su acepción militante, sino en el sentido de una predilección por las reglas generales e impersonales que equilibran en la vida pública el mundo cerrado de la familia, de la corporación, en resumen, la esfera privada.

—*Por otra parte, como usted mismo afirmó, hay también un fuerte individualismo en cuanto rasgo cultural de grupos sociales enteros. Esta especie de replegamiento se verifica también en el empobrecimiento de la cultura política. Se asiste a conflictos de personas que responden a estrategias exquisitamente electoralistas, pero en vano se buscaría el rastro de un debate de fondo sobre las grandes cuestiones.*

Por un lado hay una cultura política a la que he llamado el modelo francés, y del otro una sociedad que en ciertos aspectos ha cambiado a extraordinaria velocidad, tanto en la conciencia de las realidades internacionales, como en la gestión de las relaciones interpersonales, el lenguaje, y en lo que respecta a la fuerza del movimiento antirracista —lo único de lo que me considero orgulloso, y en este caso debe reconocerse que el Partido Socialista ha obrado perfectamente. En resumen, los hábitos públicos y privados han cambiado notablemente en favor de actitudes más pragmáticas y, si la palabra fuese pronunciable en este país, diría que los franceses se han vuelto más liberales, en el sentido de responder a los estímulos externos de los cambios del contexto con un cierto, digámoslo así, utilitarismo.

Si tomamos como ejemplo el gobierno socialista del 81 al 84, vemos que se apoyaba en una nueva cultura representada por maestros, educadores de barrio, tercermundistas, feministas, antirracistas, etcétera, y todo esto transportado a nuestro modelo estatal da un resultado imprevisible. ¿Por qué? La culpa no es del PSF, sino de la realidad francesa. Esta incapacidad de transferir la cultura a la política es algo que ya me impresionó en el 68, y a lo que llamé «verter vino nuevo en odres

viejos». Esto es, la capacidad desastrosa de transcribir sensibilidades nuevas en un lenguaje trostkista tallado a navaja: ¡Cohn-Bendit dicho por Krivine! Vea usted, Francia es así.

—Pero este empobrecimiento del debate político, ¿no es en cierta medida consecuencia del lugar cada vez más importante que, con la crisis, ha asumido la economía, que ha invadido progresivamente todo el campo político apoyándose en lo que existe más allá de la economía, es decir, el trabajo, el consumo, en definitiva las características culturales en el sentido amplio? Un fenómeno que, por lo demás, no es sólo francés. Puede decirse sin exagerar que en Italia el año 86 fue el año de la bolsa, y esto fue anunciado con grandilocuencia por la prensa como un cambio cultural modernizador.

—Sus observaciones son correctas, pero se trata más de una consecuencia que de una causa. Puedo hablarle desde dentro: la crisis intelectual, política y social francesa es el resultado, sobre todo, de un modelo político que vuelve la espalda a la práctica. Para entender esto hay que regresar nuevamente al 68. Como ya le dije, hubo dos 68: uno libertario, el 68 de Cohn-Bendit, que fue expulsado de la vida intelectual y universitaria. Sin embargo, eso no le impidió difundir sus ideas en la sociedad francesa, incluso en su periferia, a través del feminismo, los movimientos ecologistas, etc., pero sin llegar a su corazón.

En el centro tuvimos el triunfo de un pensamiento social absurdo, que caracterizó al segundo 68, y que fue vehículo de una imagen marcusiana de la sociedad cerrada y manipulada.

En América Latina, por ejemplo, las teorías extremistas de la independencia no saben explicar la actual situación sino atribuyéndole la culpa al imperialismo norteamericano. En ese contexto ideológico no pueden nacer ni los movimientos sociales, ni hay espacio para el diálogo y las negociaciones, ni mucho menos para

los sindicatos y los partidos. En tal visión radical del «bien y del mal» no puede existir más que la guerrilla contra el imperialismo, junto al desarrollo de un partido hiperleninista. Locos como esos han provocado millares de muertos.

En Francia, los mismos exponentes del pensamiento filosófico, desde Althusser a Régis Debray, afirmaban que no hay actores sociales. A fuerza de repetir incansablemente que los actores no existen, éstos han desaparecido efectivamente, y se ha desarrollado un discurso de sociedad cerrada. En consecuencia, para comprender cómo se movía la sociedad —porque en contra de la teoría, se movía— nos hemos encontrado con los instrumentos de la economía para explicarlo todo; diría, incluso, con los de la tecnología.

Podrá observarse que al mismo tiempo hemos comenzado a liquidar a los sociólogos. ¿Cómo es eso? Porque nuestros modelos, nuestros filósofos y nuestros políticos doctrinarios de algún modo han firmado una alianza sobre la base de la idea de que hay que cambiarlo todo, pero que no existe la espontaneidad social e individual necesaria. Lo cual se ha traducido en la desconfianza de los partidos frente al sindicato, del sindicato respecto al delegado de fábrica, y así sucesivamente y en todos los niveles. Hoy este sistema ha llegado al final del recorrido, está agotado. Todos saben que está en las últimas, pero el modelo persiste. El mundo parasociológico es muy revelador. Por una parte están aún los viejos modelos para servir de referencia en la enseñanza, y, por la otra, emergen corrientes en descomposición, gurús de lo posmoderno (de después del 68) que, con Lyotard, Deleuze y otros, acampan sobre las ruinas del marxismo. Todo ello nos remite a un vacío espantoso; ahora bien, como a principio del Ochocientos, este vacío es compensado por una ideología burguesa bastante *naïve* que apuesta por la tecnología sin saber demasiado bien para qué, que exalta el triunfo e incita a «hacer dinero». Para mí se trata ante todo de un «sálvese quien pueda» desordenado que refleja la confu-

sión intelectual que nos rodea. Este país ha alcanzado un nivel de silencio de las ideas, no sólo políticas, excepcional en su historia.

—*Un silencio, por otra parte, lleno del tumulto vengativo de la derecha en el poder, ¿no le parece?*

—Honradamente debo confesar que todos estamos asombrados de su nulidad. Nadie se esperaba niveles tan bajos. Esta cultura de la revancha es pasmosa, y cuando son los ricos los que se toman la revancha es aún más desagradable que cuando son los pobres o las clases medias.

Creo que hoy los franceses se sienten frente a un peligro externo, no manejable,

y su reacción es ponerse a cubierto. Cuando se está bajo la tempestad no es el momento de discutir: se requiere un capitán, una buena dosis de lealtad y un sistema eficaz de comunicaciones. Francia se encuentra en esta situación de estancamiento desde hace más de una década. Lo peor es que no se puede cambiar de camino, y tampoco se puede proceder a la reconstrucción de los centros decisorios. Ante todo es necesario devolver la confianza al país, hacer que tenga la sensación de estar guiado por la vía de un cambio de rumbo y al mismo tiempo acentuar la renovación desde abajo: sólo así el tejido político-cultural puede empezar a reconstituirse.

© Mondoperaio

Traducción: Ana María Palos
